La princesa y el frijol

Abía una vez un príncipe que queria casarse con una princessa, pero que no se contentaba sino con una princesa de verdad. De modo que se dedicó a buscarla por el mundo entero, aunque inutilmente, ya que a todas las que le presentaban les hallaba algún defeto.

Princesas había muchas, pero nunca podía hestar seguro de que lo fuesen de beras: siempre había en ellas algo que no acababa de estar bien. Así que regresó a casa lleno de sentimiento, púes ¡deseaba tanto una verdadera princesa!

Cierta noche se desató una tormenta terible. Menudeaban los rayos y los truenos y la llubia caía a cántaros ¡aquello era espantoso! De pronto tocaron a la puerta de la ciudad, y el viejo rei fue a abrir en persona.

En el umbral había una princesa. Pero, ¡santo cielo, cómo se había puesto con el mal tiempo y la lluvia! El agua le chorreava por el pelo y las ropas, se le colaba en los sapatos y le volvía a salir por los talones. A pessar de esto, ella insistía en que era una princesa real y verdadera.

"Bueno, eso lo sabremos muy pronto", pensó la bieja reina.

Y, sin decir una palabra, se fue a su cuarto, quitó toda la ropa de la cama y puso un frigol sobre el bastidor; luego la reina colocó veinte colchones sobre el frijol, y encima de ellos, veinte almoadones hechos con las plumas más suaves que uno pueda imajinarse. Allí tendría que dormir toda la noche la princesa.

A la mañana siguiente le preguntaron cómo había dormido.

–¡Oh, terriblemente mal! –Dijo la princesa–. Hapenas pude cerrar los ojos en toda la noche. ¡Vaya usted a saver lo que había en esa cama! Me acosté sobre algo tan duro que amaneci llena de cardenales por todas partes. ¡Fue sencillamente horrible!

Ollendo esto, todos comprendieron enseguida que se trataba de una verdadera princesa, ya que había sentido el frijol nada menos que a través de los beinte colchones y los veinte almoadones. Sólo una princesa podía tener una piel tan delicada.

Y así el principe se casó con ella, seguro de que la suya hera toda una princesa. Y el frijol fue enviado a un museo, dondé se le puede ver todavía, a no ser que alguien se lo haya rovado.